

PARTICIPANTE: RELATO SOBRE  
BUJALANCE 9

TÍTULO: Aurora

SEUDÓNIMO: Aurora

CATEGORÍA: Relatos de Bujalance



## AURORA

A Quinto Da Ponte le esperaba un largo camino. El joven italiano apenas contaba veinticinco años. Su porte altivo, estatura de uno noventa, complexión musculosa y su cabello negro le otorgaban más edad de la cronológica. Un joven de belleza extraordinaria, mirada un pelín arrogante, boca carnosa con dientes casi perfectos; joven de estampa masculina, soberbio.

En su ciudad de origen, Bari, las chicas suspiraban por este hombre que derrochaba virilidad a su paso. Con fama de mujeriego, a Quinto no sólo le interesaba el género femenino; como hijo y nieto de comerciantes, había sido educado para coger el testigo de su padre, Don Luca, reconocido exportador olivarero local; éste había hecho del mundo del aceite, un producto imprescindible en la cocina mediterránea y con gran demanda tanto dentro como fuera de Italia.

Quinto desde la cuna educado para el negocio familiar, conocía al milímetro el producto, desde su crecimiento en la tierra, las variedades de aceitunas, los comercios locales y extranjeros donde introducir su negocio; la teoría estaba bien aprendida, ahora tocaba entrar en la empresa, dominar con soltura aquello para lo que le habían preparado.

Corrían los años 30 del siglo XX. Quinto, soltero, políglota, con un don de palabra innato, aspiraba convertirse en un empresario de éxito; no sólo ser el hijo de Don Luca Da Ponte, quería llegar muy lejos. Viajaría a España e intentaría hacerse con algunas tierras más, explotar ese aceite, envasarlo en grandes latas y bidones, que viajarían por el mundo entero. Para ello viajaría hasta Bujalance, bello pueblo de la Comarca de la Campiña de Córdoba, salpicado de olivos centenarios, que lo reconocen como el aceite más exquisito. No era la primera vez que viajaba hasta allí, ya lo hizo en numerosas ocasiones; Don Luca, su padre, poseía varias hectáreas de cultivo de olivar en esta localidad andaluza. Quinto viajaba para familiarizarse con su producto estrella, la aceituna Picual, estrella olivarera de esta provincia, que produce un aceite ligeramente picante, aromático y con toques amargos y frutales; como decía su abuelo, "el mejor aceite de oliva virgen del mundo; un placer para los sentidos y el ánimo".

Quinto embarcaría en el puerto de Bari rumbo a España. Surcando las aguas del Mar Adriático hasta el Mediterráneo, llegaría a la Península Ibérica. Allí le esperaba su buen amigo, Martín Cabanas, bujalanceño hasta la médula, nacido en la Calle Huerto. Martín, más que amigo de Quinto, fue en principio de su padre, quién en una travesía al Nuevo Mundo conoció al italiano. Martín se vio forzado a abandonar su pueblo, cuando su padre, un agricultor de la zona murió al



estar arando, sufrió un desvanecimiento, cayó a la era y una de las bestias, le aplastó en una de las vueltas. Martín con su madre, para salir de la miseria que vino tras la tragedia, decidieron embarcarse; encontró en Don Luca a un padre, que le enseñó a desenvolverse en las ventas de las aceitunas; aprendió a leer y a escribir, le enseñó números...La aventura de Martín por tierras americanas duró apenas unas semanas; la propuesta de Don Luca hizo cambiar de rumbo al muchacho, cambió América por Italia; le dio la suficiente confianza para dejar atrás su sueño americano.

Trás varios años, trabajando en los campos italianos, volvió a su tierra, donde Don Luca le mandó comprar unas cuantas hectáreas de olivar. Las tierras compradas, ubicadas en Bujalance; se convirtieron en el segundo hogar de esta familia de italianos. El carácter de sus gentes, la bondad de su clima, la climatología ideal para el cultivo de las mejores aceitunas del mundo, convencieron a Don Luca para instalarse por muchos años en España.

Hacia tiempo que Martín y Quinto no se habían visto; el italiano estaba impaciente ya por llegar a tierras españolas, donde el encargado y gran amigo de su padre estaría esperándole.

Llegó al puerto, un otoñal día de 1935. Martín llevaba horas esperándole, la tardanza del barco debido a un problema con la aduana y el fuerte oleaje, retrasó su llegada.

Martín se sorprendió al ver un joven convertido en caballero, con la misma planta que su padre y su misma sonrisa. Después de un gran abrazo, ambos se dirigieron al aparcamiento, donde Juan López, el chófer de la compañía les estaba esperando; tras parar en una venta próxima y comprar algunas viandas, emprendieron el viaje.

Martín no paraba de hablar, quería poner al día a Quinto de todas las novedades de la finca, narró con todo detalle, la Romería de San Isidro Labrador de ese año, lo bien que lo habían pasado; Quinto admiraba el fervor y religiosidad con la que hablaba Martín de su adorada Virgen Inmaculada. Al rato, las curvas y el calorcito del sol, que entraba por las ventanas del vehículo, hicieron caer a Martín en un profundo sueño a lo que Quinto aprovechó para observar el panorama; hileras interminables de olivos coronaban el paisaje, eran la presencia inequívoca de que estaba ya llegando; las verdes hojas, que se transforman en plata, le daban la bienvenida a estas tierras mágicas, olivos fecundos, que darían el preciado oro verde, que las convierte en fértiles y prósperas.

Avistaba en la lontananza , la Catedral de la Campiña, soberbia y soberana su torre, belleza sin

igual, Iglesia de Nuestra Señora de la Asunción.

Estaba enamorado de España, de Andalucía y hechizado de Bujalance, de sus parajes naturales, sus Fuentes del Pilar y del Chorro, de su gastronomía; estaba deseando llegar para que María, la mujer de Martín le cocinara unas patatas rellenas; la gastronomía de la zona le volvía loco: cholondro, gazpacho de ajo, cocido, flamenquines...daba igual, acompañado de un buen vino, le hacía sentirse el hombre más afortunado del mundo.

De no haber nacido en la bota, hubiera querido nacer en Bujalance; estaba enamorado de sus sinuosas calles: Poderoso, Valverde, San Juan, Santa Cruz Baja... conocía su historia, su geografía... de cómo disfrutaban de sus romerías y salidas al campo; sus comidas al aire libre...tradiciones seguidas con amor y respeto. Cuando estaba lejos de Bujalance anhelaba el calor de sus gentes, su humildad, su entrega... se sentía de aquí cada vez que venía.

Estaba anocheciendo, su destino, le estaba esperando; el silencio y la paz flotaban en el espacio. Los olivares que venía Quinto a supervisar estaban ahí, en las cercanías de semejante Sultana; los campos con cientos de olivos, que producen el oro líquido de estas tierras. La finca: "La Fortaleza de la Culebra"y cientos de olivos de plata, verdes olivos, según la hora del día, le estaban aguardando.

Llegaron de noche, los perros que allí estaban corrían y ladraban sin cesar; unas mujeres salieron al escuchar el alboroto: ¡Don Quinto, Don Quinto! gritaron al ver el vehículo entrar.

Uno a uno fueron saliendo todos los moradores de la finca. En torno al patio central, cada una de las familias que allí trabajaban salieron a saludar al señorito como así le llamaban. Mujeres con delantales, niños y mayores arrebuados en sus mantas, sonreían al paso del italiano.

La finca era un gran vecindario, un pequeño pueblo. Todos se conocían al milímetro, compartían todo. Eran una gran familia, juntos pasaban buenos y malos ratos, vivían a una las alegrías y las penas. Su convivencia se basaba en el respeto, la solidaridad y el compañerismo. Las mujeres pasaban las horas haciendo bolillos y ganchillo, que serviría más tarde para confeccionar sus ajuares. Todos compartían el mismo sustento, el campo. Estas tierras de olivos y cereales, desde tiempos inmemoriales, habían servido para dar de comer a estas familias. Estaba en su sangre, corría por sus venas el oro verde de Córdoba.

Quinto sería alojado en la casa principal, la que siempre estaba cerrada y se preparaba con ahínco cuando sus dueños venían. Días antes, varias mujeres se habían ocupado de prepararla. Unas



habían encalado, otras limpiado con estropajo de esparto y jabón en mano. Entre todos habían conseguido que la casa grande brillara, había quedado "niquelá" decían con orgullo y cariño..

Trás la larga jornada de viaje, Quinto saludó a cada uno de los integrantes de la finca. Algunos los conocía, a otros era su primera vez. Lo que sí les pidió a todos era paciencia para recordar sus nombres, eran muchos, pero con el tiempo llegaría a recordarlos.

Trás los saludos, se aseó con el agua bien caliente, que le habían preparado en una palangana, comió algo y se dispuso a acostarse; nada como estar en casa, pensó.

Tumbado en la cama, le pareció estar en el paraíso. Aquella cama tan cómoda, las sábanas de algodón, planchadas a conciencia, oliendo a limpio, a jabón Lagarto. Pensando en ello, Quinto se quedó dormido. Llevaba poco tiempo en la cama, cuando estalló la tormenta, el cielo rugió y el viento abrió uno de los balcones, a su paso, el relámpago iluminó la habitación, el joven se despertó y se levantó inmediatamente a cerrar los postigos. En el exterior, un viento enfurecido mecía los olivos, estaba cerrando cuando le pareció ver que una chica se bajaba de un caballo. Sí, ahora lo veía bien, una joven de pelo castaño ensortijado se había bajado del animal y besaba apasionadamete al jinete. Se escuchó un fuerte ruido, la joven salió corriendo y el jinete salió huyendo por la puerta posterior de la finca.

Ya en la cama, nervioso por la tormenta y por lo que había visto, pensó que la chica viviría allí y el acompañante sería su novio. Una joven bellísima, no tendría más de dieciocho años, mirada ingenua, pero profunda, con un cuerpo de escándalo y eso que estaba medio dormido.

Durmió pese a la tormenta, pero entre sueños volvió a ver a la muchacha, la veía caminar con un cesto cargado de olivas, él quería ayudarla y de pronto, surgía de la oscuridad un joven, que la llamaba y repentinamente, desaparecía.

Toda la noche enlazó sueños en los que la bella desconocida, aparecía.

La mañana, trajo consigo una lluvia fina que no impediría la recogida de la aceituna. Martín llegó bien temprano para acompañar a Quinto en los campos. Antes, un buen café y un buen desayuno molinero le estaban esperando. Ese panj que a él tanto le gustaba !con ese aceite..."un joyo" sabía a gloria. Saludando estaba a Martín cuando vio entrar con la bandeja del desayuno a la chica de la tormenta. ¡Por fin iba a conocerla! Si desde arriba le pareció una belleza, a corta distancia creyó ver a una diosa. Un pellizco en el estómago, la suerte estaba de su lado. Se trataba de Aurora, la sobrina de Martín. Vivía en la hacienda temporalmente con sus tíos; había

venido a echar una mano a su tía. La chica se sonrojó al ver a Quinto, ya que ella fue consciente en la noche, que éste la estaba observando desde el balcón de su alcoba. Tan nerviosa estaba, que al recoger la alcuza, ésta cayó al suelo de mármol, derramando todo el contenido a su paso. El acercamiento de Quinto para ayudar a la muchacha con aquel estropicio, acabó con Quinto poniendo su cara tan cerca de Aurora, que casi termina besándola, lo que provocó que la muchacha saliera de allí espantada.

El olor de Aurora, su mirada, su boca...estar tan cerca de aquella mujer, hizo despertar en Quinto a un hombre apasionado.

El día se le fue a Quinto entre olivos; observó como mujeres y hombres a la par recogían las aceitunas. Grandes espuertas de esparto se iban llenando con el tesoro de estos olivos. Generaciones y generaciones habían hecho lo mismo, era un testigo que se pasaba de padres a hijos. ¡Qué ilusión y orgullo cuando festejaban la Botijuela!

Llegó la hora de la comida y Aurora era la encargada de servirla. Como estaba solo, le dijo que si quería podía sentarse con él a la mesa, a la muchacha le faltó salir corriendo, no podía, eso estaba prohibido, él era el dueño y señor de aquella casa y ella su empleada. Quinto al ver lo azorada que se había puesto la joven no le dijo nada más, pero estaba saliendo ésta de la sala, cuando dio media vuelta y se le situó cara a cara." Don Quinto, de lo que vio usted la otra noche, ¿no le dirá nada a mi tío, verdad?" Será nuestro secreto le contestó él.

Los siguientes días los pasó trabajando, controlando toda la aceituna que iba a la almazara, el intenso trabajo diario casi no le dejaba tiempo para pensar en otra cosa; casi, porque sabía que desde la primera vez, que vio a la chica, que algo dentro de él, muy fuerte había pasado, había sentido; sólo quería encontrarse con ella.

Pasaron los días, llegó diciembre y el frío calaba hasta los huesos. Con un grueso abrigo y una bufanda Quinto se disponía a ir con su chófer hasta Bujalance. Salieron bien temprano. La helada había dejado a su paso una blanca escarcha, que adornaba todo el camino como una guirnalda. Acababan de salir de la finca, cuando tras pasar las pesadas verjas, una figura vieron en la oscuridad de la mañana, era Aurora; la muchacha se apartó del camino cuando una voz le dijo desde el interior del coche, ¡niña sube! El chófer por orden de Quinto abrió la puerta de éste. Cuando estuvo dentro, unos buenos días entrecortados saludaron a los dos hombres. Más que hablar sólo se escuchaba el rechinar de dientes a causa del frío. Quinto le ofreció a la chica una



gruesa manta de viaje para que se abrigara. Cuando ésta entró en calor, el color le volvió a la cara. Cuando la joven pudo hablar, explicó que iba al pueblo para comprar algunas cosas que a su tía le hacían falta.

Durante todo el trayecto, Quinto no pudo dejar de mirar a la joven por el minúsculo espejo retrovisor; a tan corta distancia, le llegaba su olor, a jabón perfumado y a juventud. Su mente le estaba jugando una mala pasada, no podía apartar la vista de la chica cuando llegaron por fin a su destino. Sabía que no olvidaría ese día. Sabía perfectamente que la cosas pasan por algo, el encuentro de Aurora aquella mañana a las puertas de la finca tendría un porqué a lo largo del tiempo. La llegada de la joven a su vida era por algo, su corazón latía aceleradamente cada vez que la veía. Aurora significaba algo en su vida y él como hombre lo sabía.

Sabía que Aurora volvería al cortijo después de la compra; haría todo lo posible por volverla a ver. La joven se bajó junto al Hospital de San Juan de Dios y a él lo estaban esperando en la Plaza Mayor; Quinto vio a lo lejos un chico con un caballo, a su paso junto al coche, pudo ver que a la grupa iba Aurora. Al verlos pasar, a Quinto se lo llevaron los demonios. Juan, el chófer, que se estaba dando cuenta de todo, arrancó el motor y sin mediar palabra puso rumbo a la finca. Los días siguientes sirvieron para suavizar el mal humor de Quinto. Reflexionó e intentó concienciarse, que si Aurora tenía novio, él había llegado tarde a su vida. Se enteró por Martín que el joven era Pedro Lafuente, un joven jornalero que trabajaba en los cortijos de la comarca cuando se le llamaba. Supo, que la familia veía con buenos ojos el noviazgo, que era un chico trabajador y honrado, que con el tiempo no le sería difícil encontrar un trabajo como capataz en alguna finca colindante y así cuando se casaran, Bujalance y sus alrededores serían el futuro hogar de esta pareja de enamorados.

Los días fueron pasando. En Navidad, Quinto se reunió con su familia en Italia. No volvería a España hasta pasado el invierno.

En Italia, su padre, que tenía una conversación pendiente con su hijo, le habló sobre el matrimonio, sus planes de futuro, que pasaban por una boda pactada al detalle, con todo lo que ello conllevaba, familia y negocios. La joven que había pensado para él, Antonella, la bella hija de los Simone, estaría encantada de unirse en matrimonio. Hija única de una rica familia de viticultores. No era una proposición, era casi una imposición; le daría su padre un tiempo para pensarlo, el justo de ir a España; cuando volviese, esperaba una respuesta.

Sabiendo ya los propósitos firmes de su progenitor, sabía de antemano, que no aceptaría una negativa por respuesta. Pensar en la propuesta de matrimonio, era perder para siempre a Aurora; no quería ni podía pensar ello, Aurora era el aire que respiraba, su amor secreto; definitivamente, no pensaría en ello, no podía decirle esto ahora a la chica. Quinto quería pensar en un futuro para ambos, pero una voz interior le decía, que se estaba engañando, no había esperanza en sus vidas. Sería un amor marchito a la larga. Una lágrima rodó por su cara, un nudo en la garganta, un llanto callado le estaba matando.

La vuelta a España estuvo marcada por el posible compromiso matrimonial, era una losa que le amenazaba y las ganas de ver de nuevo a Aurora. Creyó ver a la chica, a lo lejos, junto con otras mujeres; parecían estar haciendo pestiños, lazos, caracolillos y roscos de naranja.

Su vuelta a la Península Ibérica en los preliminares de la primavera de 1936 no era ajena a lo que política y socialmente estaba pasando, pero los negocios eran negocios y su presencia era necesaria.

Su llegada a Bujalance coincidió aquellos días con las Fiestas de Semana Santa; todos estaban alborotados con los festejos. Quinto se la imaginaba poniendo flores ó rezando a "Jesús Nazareno", al que todos tenían gran devoción.

Estaba Quinto como un león enjaulado sin ver a la chica, que a mediados de marzo salió del cortijo una agradable y soleada mañana; la primavera estaba al llegar y eso se notaba ya, las flores empezaban a brotar, los pájaros cantaban sin cesar. Cogió su caballo y se dirigió al Arroyo del Cañetejo, podría pensar escuchando el sonido del agua y el canto de los pájaros, era un oasis en pleno campo andaluz y él quería disfrutarlo. Echado estaba bajo la sombra de un árbol cuando vio a Aurora; la chica estaba en el agua, ésta caía sobre su espalda, la blusa de algodón blanco pegada a su cuerpo, Quinto ante tal encanto no pudo resistirse y se acercó hasta ella; Aurora estaba sola, estaba bañándose. Quinto, en el último momento, antes que la muchacha lo viera, retrocedió y decidió esperarla fuera, así la contemplaría en el agua. Cuando salió, Aurora vio al muchacho e inmediatamente quiso cubrirse sus encantos, ya era tarde, Quinto sólo fue mirarla y ella se fundió en un apasionado abrazo. Lo que más tarde pasó, lo saben ellos y la naturaleza salvaje de ese lugar, que dio rienda suelta a la pasión de dos jóvenes enamorados.

Los días siguientes Quinto y Aurora siguieron encontrándose, nadie de momento tenía que enterarse. El joven, con el que la muchacha mantenía un romance, estaba haciendo el servicio



militar, Aurora le había escrito una carta rompiendo el compromiso; por su parte Quinto no dijo nada de su supuesto compromiso matrimonial. Lejos de su patria, se engañó a sí mismo, sabía que su padre no olvidaría la propuesta, no aceptaría un no por respuesta.

El amor por Aurora, le hacía sentirse la persona más feliz del mundo. Aurora era la inocencia, la ingenuidad, la pasión sin límites; estaba enamorado para siempre, era ella la chica soñada; se sentía más vivo que nunca, era el oxígeno que le daba la vida. Pronto supo que sólo podría amar a Aurora, no habría otra mujer en su vida. La simbiosis con la chica era perfecta, era su otro yo, eran un tandem inseparable. Su olor, su piel, le embriagaba los sentidos. Sin ella no respiraba, le faltaba el aire.

El tiempo fue pasando y la gente de la finca murmuraba, pero ambos tenían sus bocas selladas. Todos se convirtieron en testigos mudos de este amor prohibido y apasionado. Bujalance fue testigo del amor de Quinto y Aurora, a los dos se les iluminaba el alma cuando disfrutaban juntos por el campo; no podían ocultar la pasión, que había entre ambos, nadie hubiera podido romper el amor que se irradiaba a su paso. Aquellos días, olvidaron todo aquello que era un obstáculo; Aurora y Quinto eran dos enamorados sin temor, sin pudor; el amor era su carta de presentación y la finca "La Fortaleza de la Culebra" su morada; los olivos eran testigos de su amor.

Toda la magia fue interrumpida por la cruel Guerra Civil. El estallido cogió por sorpresa a Quinto en Italia, donde estaba por la muerte inesperada de su madre. Todo el regreso precipitado; recordar los días pasados, cuando todo era felicidad significaba ahondar en su dolor. Día y noche pensando sólo en Aurora.

Bujalance quedó desolado por la contienda. La guerra destruyó todo lo que cogió a su paso, como un ciclón arrolló el amor de Aurora y Quinto; cambió de forma trágica el destino de ambos. No hubo un futuro conjunto, destrozó y asoló sus vidas.

Ante el estallido de la barbarie, se culpaba de haber dejado sola a la frágil muchacha. El alegre Quinto, el joven desenfadado, desde ese momento viviría atormentado. Tan lejos de España, su familia intentaba hacerle ver que con él no iba aquella guerra, que se tranquilizara, que cuando todo acabara podría volver y restablecer de nuevo sus negocios; ¡ como si a él le importara el dinero en ese momento! . Quería gritar a los cuatro vientos que tenía una novia, que se llamaba Aurora y estaba esperándole; que sus pensamientos estaban en Bujalance y que sin aquella muchacha no era nadie, le faltaba el aire y su corazón estaba roto en mil pedazos.

Su amor por Aurora era una batalla perdida, le insinuó a su padre sus intenciones de casarse con aquella humilde muchacha. Don Luca puso el grito en el cielo, su patrimonio estaba en el aire, los negocios del aceite en España por la guerra interrumpidos, por lo que, el casamiento con Antonella Simone era un balón de oxígeno a su maltrecha economía.

Los días y meses siguientes, Quinto supo de la guerra por la prensa y la radio. El tiempo fue pasando Aurora y su recuerdo a lo largo del tiempo difuminándose. Bujalance y Aurora quedaron lejos, ya nada volvería a ser como antes.

Quinto se casó como su padre había pactado. Los negocios en España se reanudaron tras la guerra. El muchacho, ya convertido en un hombre casado, decidió no volver a España. Interiormente se reprochaba su cobardía de no regresar a Bujalance y rescatar a la chica de la guerra y la miseria; había traicionado a la muchacha y su amor por ella.

A las aceitunas que llegaron de España y al aceite que envasaron en tierras italianas le puso de nombre "Aurora "; era el recuerdo, la esperanza de un nuevo día, de un porvenir común, lo que pudo ser, pero, él, supo siempre, que no tenía futuro.

Cuando tuvo valor de volver, Quinto volvió a España; habían pasado muchos años. Ya era un hombre de cuarenta años. La vida le otorgó dinero, pero su vida matrimonial estuvo vacía, su mujer sólo pensó en riquezas; no tuvieron hijos, por lo que volvió como cuando fue a España antes de la guerra, solo. Ya nada ni nadie le ataba en Italia; su padre, murió años atrás, satisfecho de haber casado a Quinto con una rica heredera, aunque apenas saboreó aquel matrimonio pactado; a los pocos meses del casamiento un infarto se lo llevó. En cuanto a su mujer, un casamiento sin amor, hizo que no tuviera cimientos futuros, las infidelidades en la pareja no tardaron en llegar, por lo que el divorcio llegó pronto; vivía atormentado por el recuerdo de Aurora, acariciar su piel, besar su boca...No pudo borrar aquel amor descontrolado, que invadió a Quinto aquellos días pasados en Bujalance.

Llegó a la propiedad con una ilusión secreta, ver a Aurora. Al pasar entre las hileras de olivos, el alma le regresó al cuerpo; volvió a ser el de antes. Muchos ya no estaban. Los olivos seguían allí, los campos estaban como antes, pero notó, que él ya no era el de antes. Se reprochaba internamente, no haber vuelto antes, quizás...Aurora le hubiera estado esperando, pero él no le escribió ninguna carta, jamás una llamada.

Buscó a Aurora y no la encontró, fue Juan, su chófer quien sabía su secreto; le habló de ella una



mañana fría de noviembre. Aurora había muerto. Quinto tuvo que sentarse, un nudo en la garganta, las lágrimas brotaron de sus ojos, la luz de su vida se apagó de golpe, ¡Aurora muerta!. Todo ocurrió a los pocos meses de marcharse Quinto, Aurora en plena contienda, dio a luz a un varón, fuerte y sano. Ella murió en el parto. El muchacho, que fue su novio, se casó con ella un tiempo antes, para callar el escándalo; aún sabiendo que el niño no era suyo, Pedro la quiso siempre y jamás le reprochó nada. Lloró su muerte y jamás volvió a casarse. Crió al niño y le prometió a Aurora que un día le contaría la verdad. Cumplió su palabra. El niño, ya un joven, de nombre Quinto, estaba en la casa, había llegado para pasar las Fiestas de Navidad. El muchacho ya destacaba por su porte, allí por donde pasaba atraía todas las miradas, no necesitaba casi presentarse, era un calco de su padre; su cara, su cuerpo, su altura lo delataban, esos genes tan presentes vinieron de lejos, de Italia y en Bujalance se quedaron.

Pedro había querido que estudiase una carrera universitaria, con la ayuda del Padre Leocadio lo había conseguido, pero no quería que el joven perdiera el contacto con sus raíces. "Quinto, la tierra nos da la vida", le había inculcado desde pequeño. El aceite de oliva de estos lares corría por sus venas; su historia estaba ligada a estas tierras cordobesas de por vida.

Cuando acabó la conversación con Juan, Quinto, el italiano que vino a comercializar el aceite de esta tierra, tomó aire, necesitaba conocer al chico. Su hijo era la raíz que le unía a esta tierra mágica; salió al patio central de la finca, a lo lejos por la puerta principal, avistó al zagal. Era él, no tenía la menor duda, tenía su planta, su cara, era él, unos años antes. Parecía que lo estaba esperando. El niño venía hacia él sonriendo. A Quinto padre una lágrima le rodó por la cara. Por un momento vio a Aurora, su sonrisa le miraba, era Quinto, el fruto de aquel amor apasionado; sabía que era su padre. Padre e hijo se fundieron en un abrazo.

Quinto padre lloraba, se reprochó no haber vuelto antes a Bujalance, su sangre estaba allí, el mejor regalo que le dio la vida le acogía sin reproches, sólo amor. Aurora se había marchado, pero quiso dejarle el mayor tesoro, su hijo; dio su vida por él, para que Quinto no estuviera solo. El pasado siempre vuelve y lo hizo con Quinto hijo, para recibir a su padre; Aurora estaría en él para siempre. El presente recibió al ayer, Aurora entregó su secreto a Quinto, su hijo estaba en las mejores manos.

SEUDÓNIMO: LUZ DE PRIMAVERA